

## Comentarios

Robert Antelme o la escritura  
de lo imposible

Antelme R. *La especie humana*. Ed. Trilce. Montevideo. 1996

*A Marcelo Viñar y a  
Claudio Scazzocchio.  
Fraternalmente.*

No conocí a Robert Antelme hasta que Marcelo Viñar me habló de él y desde que comencé a leer *La espèce humaine* se transformó para mí en unos de los libros más importantes que había leído y, creo, en uno de los libros más importantes de este siglo.

Libro único por más de un motivo. En primer lugar porque fue el único libro que escribió Antelme.

En segundo lugar, porque es un libro insoportable por el tema y la forma en que lo trata.

En tercer lugar por el llamativo, y comprensible, fracaso desde el punto de vista editorial. Entre la primera edición y la segunda pasaron más de diez años. Y no es ajeno a esto el hecho de que demoraran 50 años para que se produjera su traducción al castellano y que ésta se hiciera en el Uruguay, por las experiencias de cárcel y tortura que sufrieron muchos compatriotas durante los años de la dictadura.

A nosotros, como sus lectores, ¿qué nos sucede? Siento que las categorías interpretativas de que disponemos, ya sean religiosas, sociológicas, antropológicas, psicoanalíticas, etc., se quedan mudas, perplejas, ante tanto horror. Entonces, ¿qué hago yo aquí? Creo que al no poder decir casi nada, ni siquiera un balbuceo, daré mi voz a Robert Antelme para que nos diga a todos algo de su experiencia.

La anécdota, no por dramática, deja de ser sencilla: Se trata de un preso político durante la segunda guerra mundial, detenido en un campo de concentración, uno de los

tantos, tan horroroso como otro, pero que tenía como peculiaridad que, siendo dirigido por los SS, el mando intermedio, los *kapos*, eran presos comunes, criminales, ladrones, gente del mercado negro, que querían hacer “buena letra” ante sus jefes y para ello eran más crueles que los oficiales SS. Como todos los presos sufre el desprecio, el desconocimiento, el maltrato que le infringen otros seres humanos. A ello se agrega el hambre, el frío, el trabajo hasta la extenuación, y nuevamente el hambre y el frío, y cuando esto ya no alcanza vienen los piojos, por cientos, por miles, y luego, nuevamente el hambre, y el frío, y el maltrato,.. .y la muerte. Luego, finalizada la guerra, es recuperado por sus compañeros que parten desde París para buscarlo en Dachau, encontrándolo al borde de la muerte, pesando treinta cinco kilos y presa de un delirio tóxico por un tifus.

Si bien esta es la anécdota, tratar de transmitir la experiencia es insoportable porque, aunque esto la humanidad lo ha sufrido muchas veces, lo que trata de decirse está en los límites de lo imposible.

Antelme comienza así su libro:

“Hace dos años, durante los primeros días que siguieron a nuestro retorno, fuimos, todos, creo, presas de un verdadero delirio. Queríamos hablar, ser escuchados al fin. Nos dijeron que nuestra apariencia física era bastante elocuente por sí sola. Pero recién volvíamos, traíamos con nosotros nuestra memoria, nuestra experiencia viva aún y sentíamos el deseo frenético de decirla tal cual era. Y, sin embargo, ya desde los primeros días, nos parecía imposible colmar la distancia que íbamos descubriendo entre el lenguaje del que disponíamos y esa experiencia que seguíamos viviendo casi todos, en nuestros cuerpos. ¿Cómo resignarnos a no tratar de explicar de qué manera habíamos llegado hasta allí? Todavía estábamos allí. Y, sin embargo, era imposible. Apenas comenzábamos a relatar, nos sofocábamos. A nosotros mismos lo que teníamos para decir empezaba a parecerse inimaginable.

Esa desproporción entre la experiencia que habíamos vivido y el relato que era posible hacer a partir de ella se confirmó definitivamente más adelante.”

Y casi al final del libro, cuando ya se produjo la liberación, pero estando todavía en Dachau, cuando los soldados norteamericanos se les acercaban, agrega:

“No hay mucho para decirles, piensan quizás los soldados. Los liberamos. Somos sus músculos y sus fusiles. Pero no tenemos nada que decirles. Es aterrador, sí, realmente, ¡estos alemanes son más que bárbaros! *Frightful, yes, frightful!* Sí es realmente aterrador.

“Cuando el soldado dice eso en voz alta, algunos tratan de contarle cosas. El soldado escucha primero, luego los tipos no paran más: cuentan, cuentan y pronto el soldado no escucha más.

“Algunos, mirando al soldado, mueven la cabeza y sonrían apenas, de manera que el soldado podría creer que lo desprecian un poco. Es que la ignorancia del soldado aparece, inmensa. Y al preso se le revela, por primera vez, en bloque, su propia experiencia como despegada de él. Delante del soldado, ya siente, desde ese momento y para siempre, cómo surge en él, bajo esa reserva, la sensación de ser presa de una suerte de conocimiento infinito, intransferible.”

Creo que esa es la experiencia, o mejor vivencia de lo real, pero de ese real que, sin estar lejos del real lacaniano, es más el *hay* de Lévinas, pura presentación sin representación, universal ausencia que se trasmuta en presencia aterradoramente, abolición del mundo y del yo. Como él dice: “Esa nada de sensaciones constituyen una sorda amenaza indeterminada, absolutamente. [...] En este equívoco se perfila la amenaza de la presencia pura y simple del *hay*. Es imposible, ante esa invasión oscura, envolverse en sí, entrar en su concha. Se está expuesto. El todo está abierto sobre nosotros. [...] El roce del *hay* es el horror”. Porque ese horror cuando reaparece, y esa es la experiencia del terror político y la tortura, no lo hace en la dimensión de la representación, sino de la repetición como nueva presencia actual, traumática.

Pero, ¿qué son ellos?, ¿cuál es la imagen que dan?

Dice Antelme: “Si la sala se iluminara de golpe, se vería un enredo de andrajos rayados, de brazos arrollados, codos puntiagudos, manos violetas, pies enormes; bocas abiertas hacia el techo, rostros de huesos cubiertos de piel negruzca con los ojos cerrados, calaveras, formas semejantes que no terminan nunca de parecerse, inertes, como el limo en un estanque. Se vería también a algunos solitarios, sentados, locos tranquilos, masticando en la oscuridad la galleta de perros, y otros, delante de la puerta, golpeando el piso con los pies, encogidos sobre el vientre”, aguantando la incontenible necesidad de defecar (180).

Pero él supo ver la mirada, la inevitable mirada de lo humano. Así, cuando pasan por un pueblo, los SS señalan a un notable del pueblo a la “tropilla” que como esqueletos andrajosos, ni viejos, ni jóvenes, seres sin edad, son arreados por los caminos. En el momento en que él se acerca a beber un poco de agua de un balde y le dice a una mujer “*Bitte*” (por favor), actuando ante esa mujer como un hombre “normal”, la mujer retrocede, y lo que la hace retroceder es la visión de lo humano que hay en él. “...‘Por favor’, dicho por uno de nosotros, debía resonar diabólicamente.”

Pero más aún: en ese peregrinar demencial, pasan por otra ciudad que pocas horas antes ha sido bombardeada. Nos dice:

“Casas destrozadas, ambulancias, humo, gente corriendo, rostros azorados de viudas de hace media hora. Ya vimos esto. Es exactamente lo mismo aquí, la misma indecencia: el dormitorio expuesto con el ropero de espejo, el empapelado, y el mismo tipo de damnificados, reunidos en la calle alrededor de los cascotes, que levantan la mirada hacia los pedazos de pared y se van, luego vuelven a mirar las vigas despedazadas y las piedras, vuelven a mirar su lugar.

Reconocemos todo eso con indiferencia. Esos niños perdidos en las calles, esas viejas con la ropa bajo el brazo delante de los escombros, es una imagen de la calamidad que pasa delante mí como yo paso por esta ciudad. *Nuestras miserias se miran. Miradas desesperadas se cruzan con miradas desesperadas; y no hay nada más que dulzura de los ojos hacia los ojos, piedad que se tiene de sí mismo en la mirada de los otros*” (208).

Se podría pensar que este es un libro heroico, de exaltación de los héroes. Pero no, no hay héroes, solo seres humanos que, frente al designio de ser transformados en otra cosa, lo único que pueden hacer, para que eso no suceda, es afirmarse como *vivientes humanos*. No como posición metafísica de perseverar en el ser, tampoco como instinto biológico de supervivencia, sino como afirmación humana, única. Así, aunque los vemos comiendo de los tachos de basura, recuperando, como objeto valorado, una hoja de verdura medio podrida, una mísera cáscara de papa, saboreando como el manjar máspreciado el pedazo de pan que se disuelve en la boca en un segundo, y no se sabe cuando vendrá el otro; cuando se comparte con algunos, pero no con todos, porque esa miseria no se puede compartir, defendiendo el pedacito de vida que va en ello; esto no nos muestra el gesto de generosidad y altruismo que de pronto querríamos encontrar

para ver al héroe. Nos muestra a seres que tienen que seguir viviendo, cuando era mucho más fácil morir, dejarse matar. Pero aún, cuando se muestran roñosos, devorados por los piojos, puteándose entre ellos por que no pueden cagar, pues la letrina o el balde están ocupados, porque son todos los que están con diarrea y entonces se cagan encima; o, porque en el vagón de ganado en que los trasladan no tienen lugar para acostarse y cada cual busca un lugarcito para poder colocar sus piernas, aún así, y por eso mismo, no dejan de ser entrañablemente humanos, porque en ningún momento dejamos de sentir la solidaridad que reina entre ellos, la responsabilidad que sienten por el otro.

No, no se trata de dioses o de superhombres, ni siquiera de héroes. Nos dice:

“Viernes Santo. A eso de las siete, al regresar de la fábrica, algunos compañeros se reunieron, se sentaron al borde de dos camas. Algunos son creyentes, otros no.

“Pero es Viernes Santo. Un hombre había aceptado la tortura y la muerte. Un hermano. Hablamos de él.

“Un compañero logró recuperar una vieja Biblia en Buchenwald. Se pone a leer un fragmento del Evangelio.

“La historia de un hombre, la cruz por un hombre, la historia de un solo hombre. Puede hablar y las mujeres que lo aman están allí. No está disfrazado, es hermoso, en todo caso tiene carne fresca sobre los huesos, no tiene piojos, puede decir cosas nuevas y, si lo desprecian, es porque al menos lo consideran alguien.

“Una historia. Una pasión. A lo lejos, una cruz. Débil cruz, muy lejos. Hermosa historia.

“K. Se murió, y no lo reconocimos.

“Algunos compañeros se murieron diciendo: ‘Hijos de puta, podridos...’

“Los pequeños gitanos de Buchenwald asfixiados como ratas.

“M.–L. A. Muerta, esqueleto, rapada.

“Todas las cenizas sobre la tierra de Auschwitz.

“La voz del compañero pasa. Débil historia, endeble, hermosa historia insignificante.

“Otro compañero –no es creyente– habla de la libertad de ese hombre. Había aceptado, dice. Jeanneton también, en su celda de Fresnes, había aceptado. Nos había dicho: ‘Tengo el honor de anunciarles que estoy condenado a muerte’.

“Y aquí quizás también algunos acepten, comprendan, encuentren todo esto ‘normal’.

“Hermosa historia del superhombre, enterrada bajo las toneladas de cenizas de Auschwitz. Le habían permitido tener una historia.

“Hablaba de amor, y lo amaban. Los cabellos sobre los pies, los perfumes, el discípulo que él amaba, el rostro enjugado...

“Aquí no se dan los muertos a sus madres, se mata a las madres con ellos, se come su pan, se arranca el oro de sus bocas para comer más pan, se hace jabón con su cuerpo. O se pone su piel en las pantallas de las hembras SS. No hay marcas de clavos en las pantallas, solo tatuajes artísticos. ‘Padre, ¿por qué me has...’ ‘Alaridos de los niños, que son ahogados. Silencio de las cenizas esparcidas sobre un llano” (156-157).

Y frente a eso lo que queda es la ética de la resistencia o del aguante:

Lo terrible no es comer cáscaras podridas, esa es una situación extrema de resistencia. El empeñamiento por comer para vivir es la forma de reivindicación de los valores más elevados. “Luchando para vivir, lucha para justificar todos los valores...”

Lo terrible no es solamente que haya que comer basura, lo terrible es no compartir. Dice Antelme:

“Uno puede reconocerse al verse de nuevo revolviendo como un perro entre cáscaras podridas. [...] El error de conciencia no es ‘degradarse’, sino perder de vista que la decadencia debe ser de todos y para todos.”

Es que la resistencia para poder vivir sólo puede venir del apoyo mutuo. Y continúa:

“Quisieron convertirnos en animales haciéndonos vivir en condiciones que nadie, digo bien, nadie, podrá imaginar nunca. Pero no lo lograrán [...] Si a veces no nos reconocemos a nosotros mismos, es ése el precio de esta guerra y hay que aguantar. Pero, para aguantar, cada uno tiene que salir de sí mismo, tiene que sentirse responsable de todos. Habrán podido desposeernos de todo, pero no de lo que somos. Aún existimos. Y ahora, se viene, llega el final, pero para aguantar hasta el final, para resistirlos y para

poder resistir esas ganas de abandonar todo que nos amenazan, [...] tenemos que apoyarnos y estar todos juntos” (163).

Y ese apoyarse se ve, una vez más, en la peregrinación que tienen que efectuar, ya derrotados los alemanes, desde Gandersheim hasta Dachau, a pie primero, cargando como esclavos carretas y valijas, en vagones de ganado luego, llegando a comer en 13 días solo un pedazo de pan, devorados por los piojos, agotados por la diarrea. Y en esa descripción se unen todos los esclavos del mundo y todas las esclavitudes que han padecido los seres de la especie humana. Así lo relata Antelme:

“Es de noche. Lo único que siento es esta cadena sobre el hombro. Hay una imagen del esclavo a la cual uno está acostumbrado desde la escuela. Hay estatuas, pinturas e historias que la representan. Pero no sabíamos –yo, al menos, no lo sabía– que podía tomar esa misma forma, ser yo mismo ese esclavo del antiguo Egipto, ese prisionero de los asirios...Cada uno tiene en su cabeza una pose clásica del hombre esclavo. Una vez disueltos la angustia, el terror, sentí esa pose como mi propia caparazón. Me puse a describirme interiormente a mí mismo. Mi pensamiento se pone en acción y se apura, me repito los mismos fragmentos de frases, como un jadeo: ‘La cadena en el hombro, enganchado al timón, de noche, la cabeza inclinada hacia el suelo, mis pies que veo deslizarse hacia atrás, mi sudor, mi sudor...’ Aprieto la boca y me repito, me repito mi pedazo de frase” (199).

Pero el camino no termina:

“La columna sigue. Las piernas avanzan unas detrás de las otras, no sé cuánta fuerza tienen todavía estas piernas. Por ese lado, todavía no me siento desfallecer. Si eso ocurriera, podría quizás colgarme del brazo de algún compañero; pero si no me recupero, el compañero no podrá cargar conmigo mucho tiempo. Le diré: ‘No puedo más’. Él me forzará, el mismo hará un terrible esfuerzo por mí, hará lo que se puede hacer por alguien que no puede ser él mismo. Yo repetiré: ‘No puedo más’, dos veces, tres veces. Tendré la cara diferente, diferente a la de ahora, la cara que se tiene cuando no hay más ganas de nada. Él no podrá hacer nada por mí y yo caeré.”

Y caerán, y los que caen serán ejecutados, como lo fueron aquellos que antes de salir de Gandersheim estaban enfermos y no iban a poder soportar la marcha. Y así el camino se va sembrando de disparos donde quedan atrás, abandonados para siempre,

desconocidos, sin cruz ni estrella, en una tierra extranjera, los compañeros que no pudieron más.

Ya liberados, Dachau es un hervidero de gente, franceses, rusos, polacos, españoles. La comida no abunda, están enfermos, con tifus, no hay lugar para dormir. Dice:

“El piso estaba empapado, no pude acostarme en el suelo. Me senté en un banco.

“Ahora la luz está apagada. En este banco tampoco puedo acostarme porque hay otros sentados.

“Al lado mío, hay una sombra y una punta de cigarrillo rojo. De vez en cuando una bocanada ilumina una boca y una nariz, como un faro lejano.

“La lumbre se alejó de la boca, que entra en la oscuridad. Se acerca a mí. No presto atención. Un codazo. La lumbre se acerca. Tomo el cigarrillo. Doy dos pitadas. La mano lo agarra de nuevo.

“–Gracias.

“Es la primera palabra. Estaba solo. No sabía siquiera que existía. ¿Por qué ese cigarrillo para mí?

“No sé quién es. La lumbre enrojece de nuevo su boca, luego se aparta de ella y se acerca de nuevo a mí. Una pitada. Estamos juntos ahora, él y yo; fumamos el mismo cigarrillo. Me pregunta:

“–¿*Franzose*?

“Contesto:

–*Ja*.

“Da otra pitada. Es tarde. No hay ningún otro ruido en la barraca. Los que están en el banco no duermen pero están callados. Yo también pregunto:

“–¿*Rusky*?

“–*Ja*.

“Habla bajito. Su voz parece joven. No lo veo.

“–*Wie alt?* (¿Cuántos años?)

“–*Achtzehn*. (Dieciocho).

“Pronuncia fuerte la “r”. Se hace un silencio mientras da su pitada. Luego me alcanza el cigarrillo y desaparece de nuevo en la oscuridad. Le pregunto de dónde es.

“–*Sebastopol.*

“Responde siempre dócilmente y, en la oscuridad, aquí, es como si contara su vida.

“Se apagó el cigarrillo. No lo vi. Mañana no lo reconoceré. La sombra de su cuerpo se agacha. Pasa un momento. Suben ronquidos desde el rincón. Yo también me agacho. No existe más nada que el hombre que no veo. Pongo mí mano sobre su hombro.

“En voz baja:

“–*Wir sind frei.* (Somos libres.)

“Se vuelve a levantar. Trata de verme. Me aprieta la mano.

“–*Ja.*”

¡Qué mayor derrota para los opresores que fuera en su propia lengua que se comunicaran dos hombres, hasta ayer presos, para decirse “Somos libres”! Pero no, me corrijo, *Freiheit* no fue pronunciado en la lengua de Hitler o de Goering o de Goebels. *Freiheit* fue dicha en la lengua de Goethe, de Schiller, de Novalis, de Freud, de Marx, de Paul Celan. Es una lengua extranjera para los dos hombres, pero la hacen suya para decirse que son libres.

Y ahora, para terminar, la página tal vez más maravillosa de este libro maravilloso, donde expone la tesis central de su obra y de su vida: Si Antelme plantea como tesis principal de su libro, de su experiencia, que la especie humana es única y una, eso implica que los opresores, los que los desconocen como seres humanos, los que los niegan, los que quieren matarlos como expresión soberana de su poder, los que los quieren transformar en otra cosa, son también seres humanos. Por eso se revela con indignación cuando en 1946 se entera que en los campos se está maltratando a los prisioneros alemanes.

Llegados al modo más alto de la abyección y de la opresión lo que se revela es que la especie humana es una y que se puede matar a un hombre, pero no se lo puede transformar en otra cosa. Pero parece que es en la experiencia límite de querer transformarlo en otra cosa que se revela el hecho de que no es posible transformarlo en cosa. Como si la prueba irrefutable de la invulnerabilidad de la especie se recogiera en el momento mismo en que casi se la destruye. Y aquí Antelme:

“Hemos llegado al punto en que nos parecemos a todo lo que no hace más que luchar para comer y muere si no come, al punto en que nos igualamos con otra especie, que nunca será nuestra y hacia la cual tendemos; pero ésta, que vive al menos según su ley auténtica –los animales no pueden volverse aún más animales–, es tan suntuosa como la nuestra ‘verdadera’, cuya ley puede ser también el conducirnos hasta aquí. Sin embargo, no hay ambigüedad, seguimos siendo hombres, terminaremos sólo como hombres. La distancia que nos separa de otra especie sigue intacta, no es histórica. Es un sueño SS creer que tenemos como misión histórica cambiar de especie, y como esa mutación se hace demasiado lentamente, matan. No, esta enfermedad extraordinaria no es otra cosa que un momento culminante de la historia de los hombres. Y eso puede significar dos cosas: primero, que se está probando la solidez de esta especie, su permanencia. Luego, que la variedad de las relaciones entre los hombres, su color, sus costumbres, su distribución en clases, enmascaran una verdad que aquí estalla, al borde de la naturaleza, muy cerca de nuestros límites: no hay especies humanas, hay una especie humana. Es porque somos hombres como ellos que los SS serán, en definitiva, impotentes contra nosotros. Porque intentaron cuestionar la unidad de esta especie serán finalmente derrotados. Pero su comportamiento y nuestra situación son sólo la exageración, la caricatura extrema –en la cual nadie quiere, ni puede seguramente reconocerse– de comportamientos, de situaciones que están en el ‘mundo verdadero’ con el cual soñamos.

Todo ocurre allá, efectivamente, como si hubiera especies –o, más exactamente, como si la pertenencia a la especie no fuera segura, como si se pudiera entrar y salir de ella, estar sólo a medias o llegar a ella plenamente, o no lograrlo aun a costa de varias generaciones–, siendo la división en razas o en clases el canon *de* la especie y el alimento del axioma siempre presente, la línea última de defensa: ‘No son personas como nosotros’.

Pues bien, aquí, el animal es lujoso, el árbol es la divinidad y no podemos convertirnos ni en el animal ni en el árbol. No podemos, y los SS no pueden hacernos llegar a eso. Y es en el momento en que la máscara ha tomado los rasgos más horribles, en el momento en que se va a convertir en nuestro rostro, cuando cae. Y si pensamos entonces eso que, desde aquí, es ciertamente lo más considerable que se puede pensar: ‘Los SS son sólo hombres como nosotros’; si, entre los SS y nosotros –es decir, en el momento de mayor distancia entre los seres, en el momento en que el límite

de la sujeción de unos y el límite del poder de los otros parecen deber congelarse en una relación sobrenatural– no podemos percibir diferencia sustancial frente a la naturaleza y frente a la muerte, nos vemos obligados a decir que sólo hay una especie humana. Que todo lo que enmascara esa unidad en el mundo, todo lo que pone a los seres en la condición de explotados, de esclavizados, e implicaría por eso mismo la existencia de variedades de especies, es falso y loco; y que aquí tenemos la prueba, la prueba más irrefutable, ya que la peor víctima no puede hacer otra cosa que comprobar que, en su peor ejercicio, el poder del verdugo no puede ser otra cosa que un poder propio del hombre: el poder de la muerte. Puede matar a un hombre, pero no puede transformarlo en otra cosa” (181-182).

¿Es este, acaso, un libro optimista o pesimista, desesperanzado o esperanzador? Creo que no es en esos términos que lo encara Antelme. El nos deja éste, su testimonio, como un imperativo ético. En esta época, lo más inhumano es renunciar a lo posible, porque, como dice Badiou, “la ética es no renunciar nunca a detectar una posibilidad que no se percibía anteriormente, por más ínfima que fuera.”

*Daniel Gil*